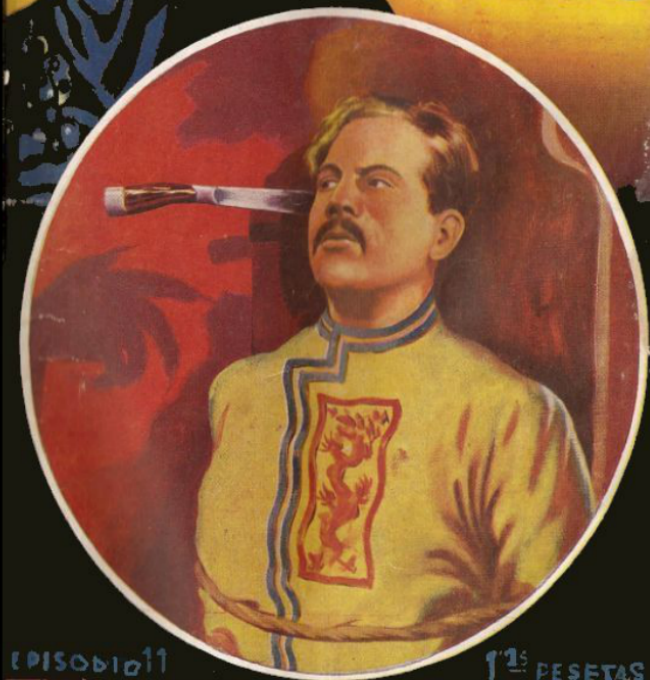


El DRAGÓN DE FUEGO



EPISODIO 11

1^{ra} PESETAS

LOS OJOS DEL BUDA

Fidel Prado Duque

Los ojos de Buda

El dragon de fuego - 11





Capítulo primero

Salvados de milagro

EL grupo llegó hasta la puerta, aporreándola con furia y lanzando gritos salvajes.

Durante media hora permanecieron escuchando el aporrear sobre la puerta, que resistía los golpes. Luego, se hizo un silencio impresionante y los asaltantes no daban señales de vida.

Esto tenía inquietos a los tres amigos. Sospechaban algún lazo y esta sospecha no tardó en convertirse en realidad. Poco después llegaba a su nariz un penetrante olor a chamusquina y, de pronto,

un haz de llamas se vislumbró a través de uno de los ventanales. Los chinos habían prendido fuego al molino, con intención de abrasar a los prisioneros u obligarles a salir y a entregarse a ellos.

Un pánico terrible se apoderó de nuestros tres aventureros cuando se dieron cuenta de que sus sitiadores habían prendido fuego al molino y que se disponían a esperar su salida para cazarles a tiros, poniendo así sangriento remate a sus audaces aventuras.

El molino construido sencillamente con podridos maderos y adobe, no podría resistir mucho tiempo la acción de las llamas y su instinto de conservación les obligaría a saltar sobre los escombros ardiendo, para buscar una posible salvación a través de aquella horda fanática que les tenía acorralados.

—¡Dios! —exclamó el profesor, angustiado—. ¿Qué podemos hacer para huir de este nuevo peligro? Mucho me temo que sea el último que corramos.

Regis, contemplando rabioso su revólver inútil a causa de la humedad de los proyectiles, murmuró:

—Si pudiese contar con la ayuda de éste, ya les diría yo a esos sapos amarillos si es cosa fácil cazar a tres hombres de nuestro temple.

Poco a poco, el calor se hacía más insoportable. El humo empezaba a llenar las reducidas estancias y una tos agobiadora destrozaba sus gargantas.

—¿Qué hacemos, Regis? —preguntó el profesor ¿Nos dejamos achicharrar como corderos o salimos al exterior?

—¿Qué será peor, profesor? Si nos cogen, nos someterán nuevamente a tormento.

Kao, que no hacía más que recorrer de un lado para otro los departamentos del molino, se había introducido en uno de ellos que había a su derecha. Se trataba de una estancia oscura, en la que se apilaban gran cantidad de sacos de arroz próximos a ser llevados a la piedra.

De pronto, el chinito lanzó un grito agudo y exclamó:

—¡Corra, venga, honorable señor!... Aquí hay algo...

Regis y Karus se lanzaron como fieras al interior de la estancia y observaron como el chinito, que había volcado sobre el suelo algunos sacos de arroz, sostenía entre sus manos la trampa de un

sótano cuya oscura boca se mostraba a sus ojos.

Regis le apartó rabiosamente y tumbándose en el suelo trató de escudriñar el fondo sin conseguirlo. Estaba oscuro como boca de lobo, pero a ras del vano se distinguía el remate de una tosca escalera de mano.

—No sé qué será esto —exclamó, nervioso —pero puede constituir una problemática salvación. Si nos refugiamos ahí dentro y echamos la trampa, quizá el fuego se detenga y no llegue hasta los bajos. Vamos adentro enseguida, pues ya no puedo aguantar este calor y este humo.

El profesor, empujado por Regis, bajó el primero y luego pretendió obligar a Kao a que bajase, pero éste estaba realizando heroicos esfuerzos para volcar en el suelo algunos de los sacos arrimados a la pared.

—¿Qué diablos haces ahí, Kao? Vamos no podemos perder tiempo.

—Sacos pueden tapar junturas y evitar bajada de humos.

Regis, comprendiendo su idea, le ayudó en la tarea, y pronto media docena de sacos habían sido vaciados.

Recogiendo los enseres se apresuraron a descender. Regis, que bajaba en último lugar arrastró la trampilla dejándolo caer para cerrar lo mejor posible la trampilla.

Luego, ayudado por Kao, introdujo los bordes de los envases por las juntas taponando la entrada del humo y cuando terminó su labor, pareció reparar con más facilidad y desahogo.

El aire allí abajo, aunque olía a humedad, era más puro y el calor había desaparecido, pues se notaba como una si corriente de aire refrescase el ambiente.

Cuando descendió los nueve tramos que poseía la escalera, pisó el suelo blando, señal de que la cueva estaba fabricada sobre el fondo terroso y debatiéndose en las tinieblas a sus compañeros, exclamó:

—¿Tendrá alguna salida este cubil? Me parece observar cierto aire fresco.

—¿Quién sabe? —replicó el profesor—. Sería cosa de creer que Dios continúa teniéndonos aún de su mano.

Regis se aventuró a encender alguno de los pocos fósforos que

conservaba y amparándole con la mano para que no se le apagase, se dispuso a explorar la cueva.

Se trataba de un reducido espacio que se alargaba en línea recta, con una anchura poco mayor de un metro. En la tierra se observaban sacos deteriorados, algunas cubas podridas, varias barras de hierro mohosas y otros artículos olvidados o dejados allí por inservibles.

Kao se armó de una de aquellas barras y el profesor de otra, mientras Regís, con la cerilla protegida con la mano, avanzaba todo lo deprisa que podía a lo largo del estrecho pasadizo, procurando llegar al fondo antes de que se consumiese la llama.

El pasillo moría en una pared de tierra, sin que el obstinado criado descubriese salida alguna, pero al elevar el resto de la cerilla a lo alto para examinar el techo, notó que la llama oscilaba como si una leve corriente de aire la azotase.

La dejó apagar para no abrasarse la punta de los dedos y afirmó:

—No sé por dónde, pero entra algo de aire. Sería conveniente descubrir ese respiradero.

—Ya lo he observado yo —aseguró el profesor. —Aquí se respira con bastante facilidad y de no penetrar aire esto estaría enrarecido.

Regís se aventuró a encender otra cerilla y con ella en la mano, recorrió la pared buscando el sitio donde la llama vacilase.

Por fin observó que esto sucedía al lado izquierdo y por su parte alta y llamando a Kao, dijo:

—Dame esa barra, voy a picar ahí arriba a ver qué sucede.

Con sus recios brazos, movió la barra clavándola en una tierra blanda que cedía fácilmente a la presión.

Súbitamente se detuvo. El hierro se había hundido con demasiada facilidad y al retirarlo, descubrió con alearía que por un pequeño y redondo orificio penetraba un débil rayo de claridad.

—Bien —exclamó—; la tarea de abandonar este antro no será difícil, pero no nos conviene ahora abrir un hueco mayor. Ignoramos a dónde puede ir a dar esto y a lo mejor, volveríamos a caer en manos de nuestros enemigos. Esperaremos un tiempo prudencial a ver si se deciden a rebuscar en las ruinas o se alejan y entonces será el momento de decidir un plan.

Nerviosos y violentos, permanecieron encerrados en la

obscuridad dominando su impaciencia para hacer más suave la espera. Ignoraban qué estarían tramando sus perseguidores y temían que, no satisfechos con haber prendido fuego al molino, husmeasen entre los escombros hasta descubrir aquel escondrijo providencial.

—¿Cree usted que se les ocurrirá rebuscar y que puedan encontrar la trampa? —preguntó Regis al profesor.

—Casi me atrevo a asegurar que no —afirmó este—. Todos los escondrijos habrán caído sobre la trampa y, por otra parte, es fácil que los sacos se hayan volcado encima de ella,

—Pero si buscan nuestros cadáveres...

—Encontrarán huesos calcinados. No olvides que arriba han quedado tres cuerpos.

—Es verdad y por cierto que esa rata asquerosa quedaba vivo. Debe de haber muerto muy divertido.

Regis, no satisfecho con todas aquellas hipótesis, se decidió a recorrer el pasadizo acercándose a la salida y hasta ascendió los tramos de la escalera, que le permitieron tocar con las manos en la trampa, pero por más que escuchó no pudo percibir sonido alguno.

Audazmente, intentó levantar un poco la frágil cobertura, pero las afirmaciones del profesor parecían corroborarse al observar que ni aun apelando a todas sus fuerzas conseguía moverla.

—¡De buena nos hemos librado! —murmuró—. De no encontrar esa posible salida providencia, hubiésemos quedado aquí encerrados hasta la hora de nuestra muerte.

Regresó junto a sus compañeros, dándoles cuenta de sus descubrimientos y armándose de paciencia, esperaron más de tres horas en un estado nervioso difícil de describir.

Por fin. Regis, no pudiendo aguantar más exclamó:

—No creo que se hayan queda lo ahí a vigilar los escombros. Nos habrán dado por muertos y se habrán largado.

El profesor nada dijo. Sabía que debía correrse el riesgo y si existía peligro, a cualquier hora podía surgir a su paso.

Regis tomó la barra y atacó con furia la pared terrosa. Esta, liviana y poco trabada, se desmoronó con facilidad y, no tardando mucho, había conseguida abrir un agujero de un tamaño factible para que Kao pudiese asomarse por él.

—Ven aquí, pequeño —dijo—; te voy a aupar para que asomes la cabeza y eches un vistazo ahí fuera. Ten mucho cuidado, no sea que haya alguien acechando y te descubran.

Kao se encaramó sobre los hombros de Regis y con precaución, asomó la cabeza. Frente a él, se desarrollaba un terreno sinuoso de altos y bajos, con algunos árboles repartidos, pero no distinguió enemigo alguno.

Alentado, sacó parte del cuerpo y volvió la cabeza, pero no pudo observar nada al otro lado. Estaba asomado a un pequeño terraplén que le quitaba la vista por la parte trasera.

Volvió a descender y dijo:

—Frente libre de enemigos. Atrás imposible ver. Pared de tierra impide, pero Kao recuerda. Molino situado al borde de un pequeño montículo. Debe ser éste.

Regis, después de un momento de vacilación, acabó de agrandar el agujero y apoyándose en las espaldas del profesor, se decidió a salir para explorar el terreno.

Kao tenía razón. Estaban a la espalda del montículo y dejándose deslizar hasta el suelo, se tumbó en tierra y arrastrándose como un lagarto, avanzó cautelosamente bordeando el montículo para alcanzar la otra parte donde estaba enclavado el molino.

Poco a poco, fue apareciendo ante él el edificio convertido en un humeante montón de escombros. Aun ardían algunos fragmentos y las paredes se habían derrumbado sobre la planta, formando una pirámide de adobe y trozos de madera calcinada.

Regis comprendió que la tarea de remover todo aquello para rebuscar sus cadáveres era imposible. Así debieron comprenderlo sus enemigos, los cuales debían haberse retirado convencidos de que habían muerto abrasados sin escape posible.

Sin soltar la pesada barra que esgrimía en la mano derecha, se irguió avanzando confiadamente hacia adelante. Necesitaba verificar una minuciosa exploración antes de avisar a sus compañeros para que se arrastrasen a terreno libre.

Lentamente dio la vuelta para registrar el otro lado, pero al doblar lo que había sido entrada al molino, quedó paralizado por la sorpresa y la rabia.

Sentado sobre una piedra, con un revólver entre las manos,

aparecía un chino delgado y menudo, que tenía los ojos clavados precisamente en aquella parte del terreno que él acababa de hacer aparición.



...levantó la pesada barra y se la arrojó con ira...

El chino, al descubrirle, lanzó un grito penetrante, e irguiéndose, levantó precipitadamente el revólver y disparó.

El tiro, mal dirigido por la premura y la sorpresa, no dio en el excelente blanco que el cuerpo de Regis ofrecía y el bravo criado, dándose cuenta de que el momento era decisivo y que no podría arrojarle sobre su enemigo antes de que éste tuviese tiempo de disparar, levanto la pesada barra y se la arrojó con ira.

El chino no pudo evadir el impacto y el hierro dio en su cabeza con violencia, tirándole de espaldas y obligándole a soltar el revólver.

Regis, dando un salto de pantera, se apropió del arma y arrojándose sobre su enemigo antes de que éste pudiera reaccionar, le puso el revólver al pecho gritando:

—¿Que sucede, estimable alimaña? ¿Que tal te ha sentado esa

hermosa dosis ferruginosa que te he aplicado en esa cabezota de bola de billar que posees?

El chino le contempló con odio reconcentrado, pero apretó los labios y nada dijo.

Regis, temeroso, escudriñó los alrededores con la mirada tratando de descubrir nuevos enemigos, pero pronto se convenció que únicamente tenía que habérselas con aquél, cuya agresividad había quedado anulada.

Recogió la barra, tomó al chino por los pies arrastrándole por la tierra, donde fue dejando un reguero de sangre y volvió sobre sus pasos, acercándose al agujero por donde había salido.

—¡Profesor!... ¡Kao!... —gritó—. Salgan, que ya no existe peligro alguno.

El profesor, ayudado por Kao, alcanzó el borde del agujero, y desde él tendió su mano y ayudó a subir al chinito. Luego se dejaron deslizar a tierra.

Cuando lo hicieron y descubrieron al cautivo amenazado por el inquietante revólver de Regis, Karus preguntó asombrado:

—¡Regis! ¿De dónde has ese nuevo sapo?

—¡Oh, profesor, la cloaca está llena de ellos, pero a éste se lo han debido dejar olvidado por aquí para espiarnos! Veamos lo que nos tiene que contar el renacuajo.

Regis se dedicó a interrogar al detenido, el cual, medio desvanecido por el golpe y la pérdida de sangre, no se encontraba dispuesto a decir nada que les interesase, pero el criado, apelando a amenazas espeluznantes, le obligo a hablar.

Según sus manifestaciones, sus compañeros, convencidos de que los tres habían muerto en el incendio, aunque no habían podido comprobarlo, decidieron marchar a Lanchen a dar cuenta de su éxito a

Wang-Chen

, pero previsores, habían dejado un guardián con orden de vigilar durante veinticuatro horas y su nadie daba señales de vida, debía volverse al poblado cumplida su misión.

Regis, después de escuchar sus manifestaciones, llamó a Kao, diciendo:

—Ven, pequeño, ayúdame a quitarla la piel a este sapo.

—¿Cómo la piel? —preguntó el chinito, extrañado.

—Sí, hombre, las vestiduras. He observado que deben caerte bien y como eres el único que faltaba por vestir, así habremos renovado los tres el guardarropa.

Desnudaron al prisionero y Kao se embutió en sus amarillos pantalones y su casaca azul, que parecían confeccionadas para él.

—Listo. Ahora ayúdame a atar a esta rana.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Karus, alarmado.

—Supongo que no querrá usted que lo llevemos de guía. Voy á proporcionarle un descansado alojamiento. Ya verá.

Cuando el chino quedó atado, Regis le tomó en sus brazos y como el que lanza una pelota, lo lanzó al alto hasta introducirlo en el agujero que acababan de abandonar.

Luego, tomando la barra, picó bacía adentro hasta meter gran cantidad de tierra en el vano y conseguir que, por efecto del desplazamiento de tierra, la parte alta se desmoronase hasta unirse con la inferior borrando todo rastro de su fuga.

—Ahora —gruñó— que lo busquen su son tan listos.

El profesor iba a protestar por este enterramiento, pero sabiendo que sería en balde, desistió.

Resuelto aquel problema, se les presentaba otro no menos grave. Tenían que huir de allí más que a paso y además procurarse algún alimento de que carecían.

—La situación no es muy alegre —afirmó el criado—; pero al menos estamos libres y hasta poseemos, de momento, un revólver en buen uso ¿Qué más podemos desear?

Luego, reparando en Kao, que examinaba algo que tenía entre las manos, preguntó extrañado:

—¿Qué miras, pequeño?

Kao le tendió una sortija de oro en la que aparecía grabado un dragón dorado y dijo:

—Esto. Chino tenía en dedo de mano derecha.

—¡Oh! La distinción de la secta. Trae. Quizá nos pueda ser de utilidad en algún momento.

Y la guardó dentro de su cota de malla, sitio el más seguro para no perderla.

Se disponían a orientarse para emprender la marcha, cuando el

profesor, que tenía los ojos fijos entre los árboles del fondo, se acercó a Regis murmurando:

—¡Cuidado! He visto moverse algo entre aquel conglomerado de árboles.

Regis les hizo señas para que no se moviesen y con precaución, avanzó, tratando de ocultarse lo mejor posible pero, de repente, lanzó una exclamación de júbilo y gritó:

—Adelante, profesor, el enemigo es inofensivo si no se pone uno al alcance de sus cascos.

Los tres avanzaron hacia los árboles, descubriendo con alegría que las sombras descubiertas pertenecían a las dos mulas que habían visto a la puerta del molino cuando llegaron a él.

Los pobres animales debían haber huido al iniciarse el incendio y los chinos no se preocuparon de ellos luego realizada su fechoría.

Regis se apresuró a examinar las alforjas y sonrió con regocijo. En su interior había una pequeña cantidad de comestibles, así como un pequeño atadizo en el que descubrió dos docenas de yens.

Aunque llevaban dinero chino encima, aquél podía servirles para alguna adquisición y atrapando a las mulas, que se mostraban inquietas y temerosas, se apropiaron de ellas.

—Bien, no podemos quejarnos de la ayuda que Dios nos presta para poder continuar su misión. Son muchas las pruebas a las que nos está sometiendo, pero también es mucho lo que se preocupa de nosotros.

A estas palabras del profesor, contestó Regis:

—Es cierto, por eso no debemos desmayar. Adelante hacia Lanchen y que Dios disponga el final de la aventura.

El profesor montó sobre una de las tres mulas y el criado obligó al chino a hacer lo propio en la otra. Él no se sentía cansado y podían turnar durante el viaje que se les presentaba largo y seguramente accidentado, ya que se encontraban en un terreno donde hasta las piedras resultaban enemigos no despreciables.

Capítulo segundo

Tres juglares improvisados

DURANTE algunos días viajaron por senderos extraviados, buscando siempre la dirección Sudoeste, única que les llevaría más o menos aproximadamente a Lanchen y aunque descubrieron en el viaje algunas pequeñas y miserables aldeas, las evitaron cuidadosamente para no llamar la atención con su presencia.

Cuidando las pocas viandas que encontraron en las alforjas de las mulas y alternando con moreras salvajes, se mantuvieron, si no opíparamente, de modo razonable, y, poco a poco, se fueron acercando a una de las etapas de su aventura, quizá más peligrosa aún que las anteriores.

Tenían que entrar en Lancheu, encontrar el templo de los Lamas y descubrir el secreto del lugar donde Buda meditó, pero para ello tenían también que correr el terrible peligro de enfrentarse con el jefe de la terrible secta de «El dragón de fuego», que celoso del tesoro de los Lamas, acechaba la ocasión de atraparles y eliminarles de modo definitivo.

Los tres aventureros, aunque osados y confiados en su buena estrella, no dejaban de ponderar la situación y a veces, muy pocas,

el desaliento se apoderaba de ellos.

Regis, no pudiendo ocultar sus temores, preguntó:

—¿Cree usted, profesor, que será posible entrar en ese maldito poblado sin llamar la atención? Debe estar vigiladísimo y todo extraño que penetre en él debe estar sometido a un espionaje y a un control terrible.

—Eso sospecho, pero... si no entramos, debemos volver grupas y desistir de la aventura. La clave está allí y no podemos soslayarla. Quién sabe si cuando estemos a la vista, encontraremos alguna forma de burlar la vigilancia y penetrar sin ser descubiertos. Una vez dentro, la cosa varía, pues Lancheu es una ciudad bastante importante y poblada y no todo el mundo se conoce como en otros lugares más reducidos.

—Lo malo es que esté allí Wang-Cheng. Si no estuviera ese sanguinario mogul no me inquietaría tanto.

—Pero las cosas hay que tomarlas como se presentan. Tú le temes como yo, pero no olvides que él tampoco vive muy tranquilo pensando en nosotros. Nos hemos constituido en su más negra pesadilla.

—Ya lo sé. Y créame que si encontrara la ocasión de habérmelas con él en igualdad de circunstancias, este peligro para nosotros iba a quedar eliminado.

—No sueñes con eso. Una vez le has tenido a merced tuya, pero opino que eso no se repetirá.



...indicó al profesor la conveniencia de dirigirse...

Así, discutiendo la situación, continuaron el viaje hasta que, poco a poco, los signos de la vida y tránsito que iban encontrando más marcadamente, les advirtió que se iban encontrando más marcadamente, les advirtió que se acercaban al final de aquella etapa.

Una tarde que se habían internado por un sendero que discurría por un terreno accidentado, Kao, al escalar una pequeña colina para atalayar el horizonte con sus agudos ojos, quedó rígido contemplando en la lejanía, monte adentro, un círculo de pajarracos carniceros que revoloteaban obstinadamente en torno al mismo punto.

Karus, al observar la actitud del chinito, preguntó:

—¿Qué miras, Kao?

—Señor. Sólo los ojos de Dios son infinitos. Veo pajarracos lejos que vuelan en círculo. Kao no sabe, pero adivina. Pajarracos carniceros huelen carne.

—¿Qué quieres decir? ¿Que vuelan en torno a algún cadáver?

—Justamente eso quiere decir Kao.

—Bien ¿y que puede importarnos eso, con tal de que no vuelen sobre nuestros despojos?

—Nada quiere decir, pero... Nada impide mirar. Nunca se sabe que puede importar nada en el mundo.

Regis se encogió de hombros, pero sugestionado por las palabras del chino, indicó al profesor la conveniencia de dirigirse hacia aquel lugar, aun a costa de un rodeo.

Cuando al cabo de media hora consiguieron llegar al sitio donde los pajarracos describían círculos tenaces sobre el terreno, quedaron espantados al descubrir en un bajo del terreno tres cadáveres de tres chinos con las ropas ensangrentadas, señal de que su muerte no había sido natural.

Los tres aparecían en actitud grotesca, como si se hubiesen divertido en colocarles en posición de burla, pero lo que más llamó la atención de Regis y el profesor, fue descubrir diseminados en torno a ellos una porción de objetos raros y antagónicos, cuyo valor y significado no alcanzaban a comprender.

Fué Kao el que, conocedor de las costumbres del país, supo desde el primer momento de lo que se trataba.

—Juglares chinos —afirmó.

—¿Cómo juglares? —preguntó Regis, extrañado.

—Sí, juglares, equilibristas, titiriteros, hombres que van de feria en feria realizando ejercicios de equilibrio y fantasía. Vea el honorable señor Regis.

El criado le siguió curiosamente con la vista, mientras recogía del suelo pequeños platos de porcelana, varitas muy finas y rectas de bambú, una especie de látigo de un cuarto de metro de largo con una fusta de seda delgada que poseería una longitud de más de seis metros, unos tablones más altos que una persona llenos de picaduras como si hubiesen estado clavando cuchillos en sus bordes y algunos otros objetos tan curiosos como los citados.

Lo único que acertó a reconocer que diese la razón al muchacho eran dos enormes bolas de hierro sujetas entre sí por una recia espiga. En ese artefacto reconoció esas pesadas bolas que los atletas levantan en los circos después de invitar al público a elevarlas del suelo, cosa que muy pocos consiguen realizar.

Kao le vio mirar fijamente las bolas y preguntó:

—¿Honorable señor Regis sería capaz de levantar bolas de hierro?

El criado se sintió ofendido por la pregunta y exclamó con acritud cariñosa:

—Oye, mico, ¿te crees que tengo tan pocas fuerzas como tú para no elevarlas?

—Pruebe, señor.

Regis abrió las piernas, tanteó la barra de unión y después, no sin tener que hacer un gran esfuerzo, consiguió elevarlas a la altura de su cabeza.

Luego, medio congestionado, las dejó caer, murmurando:

—¡Diablo, ese demonio de sapo que yace ahí despanzurrado debía tener la fuerza de un elefante!

—Bravo, honorable señor —afirmó Kao—. Honorable señor hace lo que Dios no dio fuerzas a Kao para hacer, pero... Vea si también puede hacer esto.

Tomó tres varitas de las varias que había en tierra y tres pequeños platos de porcelana y después de tantear su peso y hacerlas girar graciosamente sobre la punta de un dedo, empuñó una varilla y tiró un plato a alto. Cuando caía, alargó la vara y por un milagro de equilibrio la punta de tuvo el plato en su caída, manteniéndole plano al tiempo que hábilmente le obligaba a girar con un impulso suave de muñeca.

El plato, como clavado a un eje en la punta de la varilla, daba vueltas vertiginosamente y cuando su velocidad era mayor, Kao se abrió de piernas, inclinó la cabeza hacia atrás y sujetando el extremo inferior de la varilla en su pequeña nariz, la soltó con gran asombro de sus amigos, que seguían con interés las evoluciones del platillo, sin que ni éste ni la vara perdiesen el equilibrio ni la ley de gravedad.

Inmediatamente, Kao lanzó otro plato que lo recogió con una nueva vara manteniéndole igual y seguidamente lanzó el tercero, que recogió con la mano que le quedaba libre.

Así, durante algunos minutos, sostuvo en el aire con las dos manos y la nariz tres platillos que giraban sobre la punta de las tres varitas, sin que ninguno cayese a tierra.

Luego lanzó un grito, dio impulso a las varas arrojando los platos al aire, quitó con rapidez la varilla de su nariz y recogió en el aire los tres adminículos cuando parecía que iban a caer a tierra.

Regis, olvidando los tres despojos, humanos que tenía delante, juntó las manos aplaudiendo, siendo secundado por el profesor.

—¡Bravo!... ¡Bravo! —exclamaban con entusiasmo—. ¡Eres un perfecto equilibrista!

Kao dejó las varillas y tomó una docena de platos lanzándoles al espacio seguidamente con rapidez vertiginosa. Los platillos se elevaron en línea recta uno tras otro y al caer, eran recogidos diestramente por el muchacho, el cual volvía a soltarlos al aire, formando una serie de giros caprichosos con ellos, sin que ni uno se le fuese de las manos.

Siempre estaban los platos en el aire y en sus manos, y era casi imposible seguir sus movimientos para apreciar cómo realizaba la proeza.

Para final, recogió los platos en su caída, y dejándoles en el suelo, tomó el extraño látigo de seda y lo agitó en el aire dándole movimiento.

Poco a poco, la larga serpentina se agitó en el vacío sin tocar tierra, y con asombro, vieron como formaba una serie de círculos, parábolas, curvas exóticas, anillos que iban de mayor a menor, todos ellos enrollándole el cuerpo sin rozar sus ropas y sin atropellarse ni juntarse unos con otros.

Cuando concluyó la exhibición, Regis que acababa de concebir una idea genial, exclamó:

—¡Magnífico, muchacho, me has dado una lección de habilidad que jama podré digerir! La fuerza no es patrimonio de todos, y es imposible cultivarla sin poseerla, pero la agilidad y destreza sí, y confieso que jamás podría hacer lo que tú haces.

Luego, dirigiéndose al profesor, añadió:

—Esto me acaba de sugerir una idea, señor. Podríamos entrar en Lancheu fingiéndonos titiriteros... ¿Qué opinas tú de mi plan, Kao?

—Honorable señor Regis haber acertado. Podríamos y nadie sospecharía. Titiriteros, como dice, entran muchos en pueblos.

—Bien —advirtió el profesor —¿pero qué diablos íbamos nosotros a hacer allí? El único que sabe de estas cosas es Kao.

El chino indicó las pesadas bolas diciendo:

—Honorable señor Regis elevaría peso. Desafiaría a chinos a levantar como él. Pocos podrían hacerlo.

—Y yo mirando, ¿no es eso? —preguntó Karus.

El chino miró alrededor, y señalando las tablas picadas, insinuó:

—Si profesor no tiene miedo podía servir a Kao para ejercicio peligroso.

—¿Cuál? —preguntó Karus intrigado.

El chino tomó una de las tablas, buscó un árbol del grosor aproximado de un hombre, y colocó la tabla detrás del árbol, procurando que este ocupase la parte central y dejase libres las orillas. Luego aseguró la tabla por la parte posterior con una gran piedra, y tomando media docena de pesados cuchillos se colocó a cuatro metros del árbol.

Después de verificar una pantomima con los cuchillos, los lanzó con rapidez sobre la tabla. Los cuchillos, silbando por la velocidad, fueron a clavarse ciñéndose al tronco sin rozar éste, y los seis, tres a cada lado, quedaron clavados cimbreados sobre la tabla.

—Profesor puede substituir a árbol —exclamó Kao muy serio.

—El aludido dio un respingo y afirmó:

—¡Y el diablo que te lleve, muchacho! ¿Para qué se te vaya una mano y me envíes con el demonio sin beneficio alguno? No... búscame otra cosa menos peligrosa...

—Kao tiene buen pulso, honorable señor, y por nada del mundo heriría la mano que le protege, pero si no quiere...

Se volvió desalentado y, al husmear por entre la hierba que cubría el piso, lanzó una exclamación de gozo.

Acababa de descubrir un empírico instrumento musical, parecido a una mandolina o laúd, pero de forma extraña. Se trataba de un cuadrado de madera con un agujero en el centro y un mástil. De éste, al final del cuadrado, se extendían seis cuerdas enclavijadas, que el chinito tanteó hasta darles la tensión precisa.

Luego empezó a pulsarla, arrancando unos sonidos dulces pero muy agudos y como colofón se puso a cantar una lánguida melopea, cortante y aguda, que acompañaba con aquella cítara.

Cuando terminó, dijo:

—Yo enseñar a profesor tres o cuatro canciones muy lindas, y profesor cantarlas acompañado por mí. Luego, honorable señor Regís manejará bolas, y, al final, yo haré juegos de equilibrio. Nos aplaudirán, nos echarán alguna moneda y nadie fijará ojos en

nosotros. Si alguna vez fuera preciso pues... habría que lanzar cuchillos... la gente quiere ver destreza y peligro...

Al profesor le pareció bien lo de las canciones. No poseía mala voz y como hablaba el chino bastante bien no le sería difícil aprenderlas.

Ya de acuerdo, recogieron todos los bártulos de los desgraciados titiriteros asesinados, y tras arrastrarles tras unas peñas, los cubrieron de tierra y de ramas, para evitar que las voraces aves dieran fin de sus despojos.

Realizada esta operación, decidieron tomarse un descanso. Necesitaban practicar un poco su improvisada profesión para no exponerse a un fracaso y denunciarse a los ojos sagaces de sus terribles enemigos.

Kao, lleno de entusiasmo, se decidió a tañer el curioso instrumento, cantando una y otra vez sus cadentes melopeas que el profesor, muy serio, escuchaba atentamente y ensayaba luego, aprendiéndose la melodía y la letra para convertirse en un perfecto trovero.

Regis, por su parte, tanteaba las pesadas bolas y de vez en vez, las elevaba, no sin esfuerzo tirante, pero poco a poco se iba acostumbrando al ejercicio y las iba manejando con más soltura y habilidad.

Kao cuando se tomaba un descanso en su clase de música, requería platillos y varillas, y deleitaba a Regis con su destreza y habilidad, manejando todo aquel conglomerado de cachivaches que él no hubiese sabido nunca qué hacer con ellos.

—¿Dónde aprendiste tanta cosa difícil? —preguntó.

—¡Oh! —exclamó el muchacho sonriendo divertido —chinos todos habilidosos. Kao vio juglares mogoles hacer maravillas y quiso practicarlas. Así aprendió.

—Pues no sabes lo útil que nos va a resultar. Te voy a declarar un estuche de monerías de la expedición.

Cuando se creyeron en posesión de una seguridad relativa para ejercer aquel exótico arte en público, decidieron levantar el campo y marchar a la ciudad. Necesitaban llegar lo antes posible, pues temían que si se observaba pronto la falta del vigilante que habían dejado enterrado en los restos del molino, adivinasen la verdad y se

pusiesen en guardia contra ellos, haciendo más difícil su situación.

A la hora de emprender la partida, un terrible problema amenazó derrumbar todos sus planes; las pesadas bolas de hierro no podían ser transportadas a lomos de las pacientes mulas, porque la estabilidad del artefacto era muy difícil, y en cuanto a trasladarlas personalmente, era faena para rendir a un toro.

Regis maldecía de su suerte rascándose la cabeza con desesperación, pero el profesor que le observaba muy divertido, exclamó:

—¡Vamos, Regis, que no se diga que un irlandés no tiene ingenio para resolver un problema de tracción muy sencillo! Piensa y acertarás.

—Pues, no acierto —vociferó rabioso. —No se burle y dígame si tiene una solución.

—Creo tenerla, Regis. Vamos a probar.

Tomó dos gruesas cuerdas de las que conservaban y las ató por los cabos a la barra transversal, procurando que se mantuvieran cada una pegada a una bola. Luego, ató a igual distancia el otro cabo a las albardas de las millas, y exclamó:

—¿Qué te parece el carro que he ideado? Estas pobres bestias no pueden llevarlas a lomos, pero si pueden tirar de ellas y hacerlas rodar.

Regis lanzó una carcajada y replicó:

—Bueno; ha parodiado usted a Colón poniendo el huevo de punta. Yo no podría haberlo hecho nunca.

Y muy alegre arreó a las mulas que emprendieron la marcha.

Capítulo tercero

Un incidente trágico

LANCHEU es una ciudad, de las importantes del Oeste de China, y figura como capital de la provincia de Kan Su. Está situada en la orilla derecha del Río Amarillo, en el cruce de las carreteras que desde el interior van al Tíbet o el Turquestán, y es residencia oficial de los gobernadores de la región.

Aunque para los procedimientos modernos de guerra no sirvan para nada, está defendida por una muralla exterior con torres y almenas, y algunos de sus arrabales se protegen también por sólidos muros, de una época militar bastante anticuada.

En contraste pintoresco, mientras casi todas sus calles están empedradas con mármol o granito, sus casas son casi todas de madera y de estilo pobre, sin ningún monumento destacable, salvo sus pagodas y su monasterio.

Las calles son estrechas y desiguales, las construcciones, de un solo piso, con tejados inclinados de tejas bruñidas y pintadas de verde, rojo o amarillo, y salvo las pagodas, que son de trazado poligonal o hexágono y poseen diversos pisos, el total de su arquitectura es bajo y achatado.

Las pagodas se destacan entre el abigarramiento de edificios, por su altura y su forma, que disminuye hacia arriba. Cada piso posee

una especie de columna que sostiene un techo saliente, de cuyos ángulos penden campanas todas son de madera con tejas policromadas.

El sol declinaba lentamente, cuando los tres osados aventureros llegaron a la muralla exterior, cuyas puertas guardaban unos pintorescos soldados, y Kao para evitar a sus amigos el peligro de un interrogatorio molesto, tomó una de las varitas y un plato, y poniéndose a la cabeza de la caravana se acercó haciendo ejercicios de habilidad con aquellos adminículos.

El centinela echó un vistazo a los recién llegados, se quedó un momento contemplando la habilidad de Kao, y después de mirar con admiración las dos pesadas bolas que arrastraban las mulas se apartó para dejarles pasar, estaba acostumbrado a recibir continuamente «troupes» de vividores de aquel jaez y no se molestó en someterlos a interrogatorio alguno.

Se internaron por un dédalo de callejuelas estrechas y no bien olientes, sin que entre ellos mediara palabra alguna, por fin, Kao se detuvo ante un edificio largo y de sórdido aspecto, en cuya fachada se balanceaba un cartelón deslucido por el sol, pintado con una serie de caracteres en un negro descolorido.

—Hemos llegado —advirtió el chinito. —Esto es una posada, pero no se pongan nerviosos si recibir de malos modos. Juglares no son personajes y posaderos tratar mal a gente vagabunda.

El muchacho se adelantó empujando la puerta, y se dedicó a discutir con un chino flaco y huesudo, que gesticulaba como un mono y denegaba con la cabeza a cuanto Kao le argumentaba.

Por fin, dejó de mover las manos, dijo algo de un modo más sereno, y, alargando el brazo, extendió la palma de la mano derecha, señalando con la izquierda a uno de los lados de la gran planta baja.

Kao se acercó al profesor, diciéndole:

—Dice que tendremos que dormir en la cuadra y que debemos pagar un yen por adelantado.

Regis murmuró algunas maldiciones encaminadas a ensalzar de pésima manera todos los gloriosos antepasados del posadero, y el profesor le entregó el dinero.

El chino les condujo a una cuadra, señalándoles un rincón donde

se amontonaba el estiércol y algunas arpilleras en deteriorado uso.

—¡Maldito sapo! —exclamó Regis—. ¿Quién se habrá creído ese tiburón amarillo que somos nosotros?

—Déjalo, Regis-afirmó el profesor. —Es cierto que estaremos incómodos, pero nos encontraremos juntos, y en caso de peligro la defensa será más eficaz.

No muy convencido, el criado arregló las arpilleras lo mejor que pudo, trabó las mulas en un lado de la cuadra, y encargó al muchacho:

—Tú que te entiendes mejor con esos renacuajos con coleta, pídele algo para cenar, pero cuidado no te dejes estafar por él.

El chinito volvió al interior de la posada, y poco más tarde regresaba con unas galletas de harina de arroz, duras como piedras, y unos pedazos correosos de pato silvestre.

—Esto es infame —gruñó Regis moviendo las mandíbulas con furor al mascar. —Está más duro que los huesos de ese animal prehistórico que regenta este antro inmundo.

Como se encontraban rendidos de las largas caminatas, decidieron tumbarse a dormir, y era tal el cansancio que les dominaba, que poco después dormían como si se encontrasen reposando en un lecho imperial.

A la mañana siguiente, despertaron medio molidos de la incomodidad del lecho, pero más reconfortados y animados. Sacaron agua de un pozo que había a la espalda de la posada, llegaron a un carcomido pilón de piedra que se erguía en la cuadra, quizá destinado a limpiar las caballerías y se ablucionaron con fruición. Luego pasaron a la planta baja a comer algo, y una vez satisfecha su hambre, decidieron estudiar un plan de acción.

—¿Qué hacemos? —preguntó Regís.

—Debemos visitar la ciudad para darnos una idea de ella.

Kao intervino:

—Debemos darnos prisa. Gente de nuestra condición no puede dedicarse perder el tiempo en visitas. Tiene que trabajar o levantarías sospechas.

—Tienes razón. Orientémonos lo mejor posible para buscar el monasterio y la forma de llegar a él, y luego empecemos nuestra actuación sin perder tiempo.

Dejaron atrás los suburbios atravesando los muros interiores y se internaron en un laberinto de callejuelas, en las que ya el movimiento adquiría caracteres enérgicos.

Los toldos se cruzaban de casa a casa en la estrechez de los callejones, y miles de banderas y gallardetes flameaban sobre las puertas de los establecimientos, mientras los comerciantes sacaban a la puerta sus tenderetes llenos de chucherías y cosas exóticas.

La mañana era bastante fría y el sol no podía calentar el ambiente porque espesos toldos cortaban su acción benéfica.

Por fin alcanzaron una espaciosa plaza desde la que se dominaba un paisaje abierto, y a través de aquel vano abierto a la luz, divisaron parte del monasterio, enclavado en una altura fuera de la periferia. Guiándose por él, atravesaron la población hasta encontrarse en un terreno llano, al otro lado de las murallas.

—Allí está nuestra meta —dijo el profesor—. ¿Qué nos tendrá reservado el destino dentro de ella?

—Cuando estemos dentro, si logramos entrar, lo veremos.

Después de esta exploración preliminar, regresaron a la posada, dispuestos a manifestarse a los ojos de los pobladores de Lancheu como unos consumados juglares chinos. Habían elegido una plaza al regreso, no muy lejos de la posada, en la que iniciarían sus juegos de habilidad y fuerza.

Regís curioseaba cuanto encontraba a su paso, y se extrañaba de tropezar a cada paso con monjes, vestidos unos con sayales amarillos, otros negros y otros grises, formando una parte muy densa de la población.

—Pero ¿es que aquí no hay más que gusanos consagrados a Buda? —preguntó.

—No te extrañe —replicó Karus—. China posee más de veinte mil monasterios, y acaso un millón de pagodas, y esto absorbe un censo de adeptos imponente. Cuando nos adentremos en el Tíbet y nos acerquemos a Lhasa o Urga, los verás multiplicados por veinte.

—Por lo visto, aquí todo el mundo tiene vocación budista o es un modo de vivir bien, como otro cualquiera, ¿es así, profesor?

—Hay de todo, pero no olvides que la mayor parte de estos monjes lo son sin haberles consultado su vocación. Aquí, a los siete u ocho años, se destina a los chicos a nutrir las sectas y se crían en

este ambiente haciéndose a él.

—Bien, ¿pero quiere usted explicarme qué es el Budismo y por qué de todo este aparato? No oigo hablar en China más que de Buda, de Lamas de Dalai-Lamas, de Pachen-Lamas y Bogdo-Lamas, y estoy hecho un verdadero lío.

—Ya te lo explicaré más adelante, pues no es este el sitio ni el momento de ello. Es algo curioso que te interesara conocer, para que contrastes estas costumbres con las nuestras.

Una vez en la posada, recogieron todos los trebejos de actuar y se dispusieron a trasladarse a la plaza. Lo pesado era trasladar las enormes bolas de hierro, y Regis decidió dejar una mula y hacer que la otra arrastrase el enorme peso.

Cuando se iban acercando a la plaza, una horda de arrapiezos desastrados y vocingleros se unió a la caravana, marchando en pos de ella. Las pesadas bolas, rodando por el granito del pavimento, era algo llamativo para ellos, y les habían reconocido como artistas ambulantes.

Kao eligió el sitio adecuado para actuar y preparó todo el tinglado, extendiéndole para que fuese examinado. Luego, agitando una campanilla que había encontrado entre el abandonado menaje de los juglares asesinados, empezó a dar la voz de alarma, invitando a los curiosos a presenciar sus ejercicios.

Al tiempo que agitaba el sonoro instrumento, daba unos gritos agudos, ensalzando las virtudes artísticas de sus compañeros, y, poco a poco, los curiosos se fueron agrupando en torno a ellos.

Regis se había remangado los brazos, doblando las mangas de la casaca para tener más libertad de molimientos al mover las pesas, y el profesor se había sentado sobre una vieja esterilla, con los brazos cruzados, en actitud de orar.

Kao se disponía a empezar sus juegos, cuando el agrio vibrar de otra campanilla hirió sus oídos, y, al volver los ojos, descubrió que, pocos metros más allá, se había establecido otra troupe de titiriteros, dispuestos a hacerles competencia.

Por regla general, estas competencias solían provocar riñas entre los cuadros rivales, cuando uno poseía más méritos y atractivos para llevarse al público, pero como a nuestros héroes no les importaba el honor profesional ni el producto a sacar, no se

inquietaron por la competencia.

Kao, un poco inquieto, empezó su actuación, mientras sus rivales seguían llamando rabiosamente al público.

La habilidad y juventud del chinito debió inspirar las simpatías del auditorio, porque este se agrupó en mayor cantidad en torno a él, mientras sus rivales gozaban de pocos mirones.

Lo que más gustó del trabajo de Kao fue su maestría manejando el látigo de seda. La destreza con que movía la larga y frágil cinta, los dibujos que trenzaba con ella en el aire, la suavidad de sus movimientos, halagaban los oblicuos ojos de sus admiradores, que seguían con hondo interés los giros del látigo, esperando verle rozar el suelo sin lograrlo.

Cuando se cansó de hacer filigranas, apeló a una última figura. Lo agitó febrilmente en sentido recto y formó en torno a él una perfecta espiral que, de menor a mayor, con una simetría perfecta, fué descendiendo, hasta morir en tierra en círculos enlazados.

Una salva de aplausos premió su trabajo. Algunas monedas cayeron a sus pies y el chinito, saludando, hizo un gesto a Regís para que actuase.

El gigante arrastró las pesadas bolas al centro del corro, y Kao, tras ensalzar su fuerza y habilidad, invitó a sus admiradores a mover aquel pesado artefacto.

Un par de ellos, los más forzudos, se adelantaron y trataron de elevar las bolas, consiguiendo tan sólo moverlas unos centímetros.

Regis, sonriendo, abrió las piernas, flexionó los brazos, y, poco a poco, tensionando sus músculos, las fué elevando pausadamente hasta alzarlas en un poderoso esfuerzo sobre su cabeza.

Luego, en tres tiempos marcados las dejó en tierra suavemente, no sin sentir que el sudor invadía su rostro y que los músculos le dolían de un modo atroz.

Nuevamente estalló el aplauso general y entonces Kao tomó el instrumento musical y lo pulsó invitando a Karus a cantar.

Mientras éste lo hacía, procurando pronunciar las sílabas entre dientes para no marcar mucho el acento y no despertar sospechas, llegó a sus oídos el tumulto que sus vecinos armaban llamando a la gente.

Acusaban a los aventureros de falsarios y prometían al público

ejercicios más violentos y emocionantes que los que aquéllos hacían.

Uno de ellos tuvo la audacia de acercarse a Regis y decirle con los ojos encendidos en cólera:

—¡Embusteros!... ¡Hijos de tiburón!... ¡Vosotros no sois juglares!... Todo lo que hacéis son cosas de aficionados... ¿A que no sois capaces de hacer lo que yo haré ahora mismo? Invito al público a presenciarlo y que juzgue.

Los curiosos, interesados, se acercaron al grupo rival, y el que parecía jefe del clan tomó unos arcos y, colocando en ellos unas flechas delgadas pero muy agudas, se dispuso a emplearlas.

Se colocó una gran tabla de canto y un chinito de unos doce años fué atado a ella quedando rígido frente al chino.

Este tomó un arco, y después de pulsarle, lanzó una flecha que se clavó junto al rostro del muchacho, el cual no pestañeó; luego, lanzó otra y otra, basta seis, las cuales quedaron clavadas con habilidad y pulso supremos en torno a la cara y cabeza del muchacho formando una aureola peligrosa en torno a él.

La gente aplaudió aquel rasgo de habilidad y Kao, que presumía que todo aquello iba a concluir mal para ellos si no quedaban vencedores, se acercó a Regis y le dijo:

—Si no hacer un alarde de valor, estar perdidos. ¿Honorable señor Regis tiene confianza en Kao?

—¿Cómo no, pequeño? ¿Cuál es tu idea?

—Déjeme hacer y no tema. Kao tiene pulso. ¿Cota de malla estar bien segura en pecho de honorable señor?

—Sí.

—Pues basta. Deje hacer a Kao.

Se adelantó al jefe de la troupe rival y arrebatándole el arco de la mano, dijo con desprecio:

—Eso no tiene valor alguno. Nosotros hacer más. Invitamos a público, a ver cosas mejores.

Su rival le miró asombrado y le dejó hacer. Kao tomó los arcos, colocó las flechas, y luego, levantando uno de los labios dijo al profesor:

—Colóquese detrás y no asome cabeza. Voy a tirar varias flechas sobre ella.

El profesor sirvió de punto de apoyo a la tabla y Kao invitó a Regis a colocarse delante de la tabla diciéndole al oído:

—No moverse. Voy a tirar a pecho. Flechas débiles romperse en cota. Esto asombrará a público.

Regis comprendió la idea del muchacho y aunque temía que la nerviosidad de éste pudiese hacerle fallar el tiro, comprendió que había que exponer algo.

Erguido y quieto, se colocó ante la tabla, mientras Kao, a diez pasos, tensionaba el arco.

Todos le miraban con asombro. Le veían apuntar al pecho de aquel gigante y se preguntaban qué pretendería hacer.

Una tras otra, con rapidez, lanzó tres flechas al pecho de Regis. Las tres, al rebotar en la cota de malla, se quebraron partiéndose por la mitad, con gran asombro del público e indignación del jefe rival, que veía como le estaba privando de sus armas de trabajo.

Loco de rabia, arrancó el arco de manos del chinito y vociferó:

—¡Trampa, trampa, eso no puede ser! ¡Lo demuestro!

Y antes de que nadie pudiese evitarlo, esgrimió un cuchillo y se lanzó sobre Regis, asestándole una terrible cuchillada en el pecho, mientras gritaba:

—Tomo, a ver si esto...

No pudo concluir. El cuchillo se partió en dos, hiriéndole en la mano y antes de que tuviera tiempo de reponerse de la impresión, ya Regis le había tomado entre sus robustos brazos elevándole en el aire como a un pelele.



...elevándolo en el aire como un pelele

El chino se debatía en el vacío como un sapo cogido por la cintura y alargó los brazos tratando de aferrarse a la cabeza de su enemigo. Fué entonces cuando Regis observó que en el antebrazo llevaba grabado el signo del dragón de fuego.

Rabioso ante el descubrimiento, reunió todas sus fuerzas y lanzándolo como una piedra al vacío, gritó:

—¡Allí va ese sapo amarillo!

El chino describió una trágica parábola en el aire para terminar por caer de bruces seis metros más allá, quebrándose la cabeza contra el granito del pavimento.

El caído lanzó un alarido desgarrador y sus compañeros, esgrimiendo sendos cuchillos, se lanzaron sobre los tres aventureros, tratando de agredirles al tiempo que hacían un llamamiento misterioso a sus secuaces.

La palabra «Wang-Cheng» hirió sus oídos y se dispusieron a pelear con toda su alma, pero con sorpresa observaron que el público se dividía en dos bandos, saliendo uno en defensa del caído, mientras el otro se agrupaba ante el profesor y sus amigos dispuestos a defenderles.

Una palabra extraña fué como un reto al nombre de Wang Cheng. «¡Loto!»... «¡Loto!», gritaron sus defensores y los cuchillos brillaron a la luz del sol y la marea humana se acometió con fiereza, produciéndose un barullo horrible.

Karus, dándose cuenta de que algo raro acababa de producirse, gritó a sus compañeros:

—Recoger lo que podáis y a la posada. Me parece que esta lucha ha salido de nuestra jurisdicción.

Dejando abandonadas las bolas que no era factible arrastrar con premura, recogieron lo que buenamente les fue posible y aprovechando la ciega confusión de los contendientes, se escurrieron de la plaza alcanzando algunas callejuelas por las que se perdieron hasta conseguir llegar a la posada.

Cuando ya estaban lejos del tumulto, algunas detonaciones llegaron a sus oídos y el profesor comentó, dirigiéndose a sus dos compañeros:

Me parece que ha debido intervenir la tropa. La batalla no era para menos.

Ya en la cuadra, se dejaron caer extenuados y Regis preguntó lleno de asombro:

—¿Es usted capaz de darse cuenta de lo que ha sucedido?

—Sí, aunque a medias... ¿No recuerdas aquel desgraciado que fué castigado en el Monasterio acusándosele de pertenecer a la secta de «El loto azul»?

—Sí.

—Pues los que han salido en nuestra defensa pertenecen a ella. Les he oído pronunciar la frase y como nuestros enemigos pertenecen al dragón...

—¡Rebuda! —exclamó Regis—. ¡Es verdad!... ¡De buena nos hemos librado!

—No lo creas. Dentro de poco, Wang-Cheng sabrá lo sucedido y si ha llevado la peor parte, tratará de buscarnos y de averiguar quiénes somos. Presiento que la caza no tardará en iniciarse.

—¿Qué podemos hacer? ¿Huir de nuevo?

No. Si tardan un poco en localizarnos, llegará la noche y si llega la noche sin ser molestados, iremos al Monasterio y trataremos de asaltarlo y descubrir la clave. Si no lo hacemos así, podemos renunciar al viaje, porque sin la clave es imposible seguir adelante.

—Es cierto. Pero ¿nos darán tiempo a todo esto?

—Ya lo veremos. Lanchen es grande y primero que dan cuenta a Wang-Cheng de lo ocurrido y éste ordena buscarnos, pasará tiempo. Luego, hay que recorrer toda la población y aun les faltaría localizarnos.

—¿Y si nos trasladásemos de posada? Aquí saben cuál es nuestra fingida profesión, pero en otro lado, podíamos presentarnos como otra cosa.

—No es mala idea. A ver qué dice Kao.

Al darse cuenta de que el chinito se había esfumado de la cuadra, dijo extrañado:

—¿Dónde estará ese diablo amarillo?

—Fisgoneando por ahí ¿Salgo a buscarle?

—No, déjale, que él vendrá. Cuando se ausentó, sus razones tendrá para ello.

Poco más tarde reaparecía el chinito y el profesor le dió cuenta de la idea.

—Oh, bien —afirmó el muchacho. —Podemos buscar posada nueva, pero más tarde. Ahora urge cosa mejor. Hay fiesta en templo y podemos visitarle. Esto servir para conocer interior para esta noche.

—Sí, pero si salimos...

—No haber peligro; miles de fieles van a templo. Ser muchos y difícil conocer.

—Pues no dudemos más —afirmó Regis resolute—. El movimiento se demuestra andando.

Recogieron lo más interesante, pues no pensaban volver por la posada y recatándose todo lo posible, cruzaron varias callejuelas hasta salir a una vía por la que cientos de chinos se diluían al templo, confundiéndose con ellos sin llamar la atención de nadie.

Capítulo cuarto

La fiesta en el templo

CUANDO dejaron atrás las murallas exteriores, se encontraron en un terreno llano dorado por el sol, frente al cual la montaña mostraba su aguda pendiente partida por un ancho sendero que iba a morir a la puerta del templo abierta en un espeso muro de granito.

Cientos de fieles formaban la larga caravana entre los que Karus y sus amigos se confundieron no sin vigilar con recelo a los más cercanos, pero satisfechos de su examen y convencidos de que no eran reconocidos, continuaron su camino hacia el templo.

Regis se extrañó de observar que la mayoría de los fieles portaban en las manos recipientes conteniendo artículos alimenticios, e intrigado preguntó por lo bajo al profesor:

—¿Dónde diablos van con todas esas vituallas? ¿Se trata de dar de comer a los famélicos de la región?

Karus, que había captado algunas frases que le daban la clave de la pregunta, contestó:

—No, es que la fiesta de hoy es la de la consagración y ofrecimiento de los dioses. Todo eso son ofrendas que van a hacer a los santos.

—¿Qué piensan, que revienten comiéndose todo eso?

—No seas majadero, el ofrecimiento es simbólico.

—Claro, y luego esos monjes sectarios se alimentan todo el año con las ofrendas. No son vivos ni nada los lamas.

Karus le dio un pellizco en el brazo para que callara sus comentarios y continuaron avanzando hasta enfrentarse con la áspera cuesta que conducía al Monasterio.

Sudando terriblemente bajo el zarpazo del sol, que a aquella hora quemaba en la estepa, llegaron por fin ante la gran puerta bronceada, abierta enteramente y custodiada por dos monjes vestidos de amarillo.

Regis, al verlos, no pudo reprimir un comentario:

—Solo les faltaba a esos batracios una casaca amarilla o un sayal del mismo color para parecer más ranas. ¿Por qué diablos visten así? ¿Para que haga juego con su cara biliosa?

Karus, antes de contestar, depositó una moneda en la taza de barro policromada que uno de los sacerdotes sostenía en su mano y avanzando, replicó:

—Visten así porque pertenecen a la secta de los monjes célibes. Los que no lo son, visten de encarnado.

—¿Y por qué unos tienen que ser célibes y otros no?

—Te lo diré. Estos monjes pertenecen a la secta llamada Khadampa, la cual fue reformada por un monje de la misma llamado Tsong Khampas, que nació en el año 1378 y fue quien introdujo algunas reformas en la secta denominándola Selugpa u «orden virtuosa» encaminada a verificar la unión de la iglesia y consolidar la disciplina en los monasterios. Entre otras reformas vistió como los hindús, de amarillo, prohibiéndoles el matrimonio y la práctica de las artes mágicas, aunque esto no lo consiguió plenamente porque es algo congénito en el tibetano.

Mezclados con la avalancha, cruzaron un largo vestíbulo de altas y macizas columnas de granito, que sostenían un techo plano y después de subir unos cuantos escalones de mármol jaspeado, cruzaron un amplio claustro con galerías superpuestas pasando de éste al templo.

Al cruzar el muro, tanto Regis como Kao habían tendido ávidamente la mirada a ambos lados, para abarcar la estructura interior del monasterio. Este, pasado el muro, se rodeaba de un

amplio espacio libre y a ambos lados del edificio central, mostraba una variedad de viviendas de diversa capacidad y estructura, destinadas a dependencias, habitaciones de los monjes, depósitos de víveres, etc.

El templo era enorme. De altas y lisas paredes de granito y de techo plano, como casi todos los monasterios chinos, poseía anchas y pesadas columnas sin capitel adosadas al techo y solamente algunos medios puntos ciegos a modo de arcadas, eran el adorno de aquel cuadrado frío y de aspecto impresionante.

Varios ventanales con cristales policromados permitían el paso de la luz solar muy veladamente y a los lados, se levantaban pequeños altares, mientras al fondo, pero separado de la pared, se erguía la imponente efigie de Buda, hierática y grave, sobre un pedestal de mármoles de diferente coloración, a cuyos pies había un ara destinada a officiar sobre ella.

Delante del Buda, como un mausoleo funerario, se destacaba un enorme bloque de mármol negro tallado con figuras monstruosas, entre las que se destacaban dos caballos alados con esmalte de diversos colores.

Karus, conocedor de la arquitectura china, no vaciló en asegurar aquellas tallas pertenecían a la dinastía de los Sovei, la última de los seis que la compusieron.

El ara principal formaba una especie de tabernáculo con columnas de cerámica torneada, pintadas en negro, blanco, rojo y morado y como adorno, se destacaban algunos vasos en forma de animales monstruosos, tallados también en cerámica vidriada, que procedían con seguridad, por su estructura y material, de la dinastía de los Han, 200 años antes de Jesucristo.

También se veían algunas esculturas de porcelana de la época de Yitan y otros adornos de fecha indeterminada.

En los altares, se erguían imágenes del culto budista y el profesor reconoció entre otras, la de Fo, primera de la triada del Ju-Kiao

chino, que personificaba la riqueza y el rango. Como símbolo ostentaba en la mano un cetro de mandarín.

También reconoció la imagen de Badava, sentado, con los pies recogidos sobre un pedestal, rodeado de llamas simbólicas. Su cara

de fauno, con las largas barbas partidas en el centro y el bonete cónico rematado por una bola de coral rojo, parecía sonreír irónico en su altar.

Badava, divinidad del budismo tibetano, preside el fuego submarino y es enemigo de los genios malos y cuesta trabajo distinguirlo entre dos divinidades semejantes llamadas Haya-Cirias y Haya-Griva, por lo que se les conoce por los tres Tamdin (enemigos del Demonio).

Tampoco podía faltar un Bodhisattvas, los seres perfectos que poseen la omnisciencia y son superiores a los dioses, cuyo poder les permite acudir en socorro de los hombres y un Avalo-kiteevava (dios que mira compasivo desde arriba), figura dominante en el budismo mahayama, personificación de la caridad y de la compasión y otros de los cientos que componen la religión budista y lamaica.

Pero, después de echar un vistazo de sabio a todas las imágenes, sus ojos se posaron con preferencia en la estatua de Buda, una de las más perfectas que el profesor había visto en China.

Era de mármol y jade, de tonos suaves y elegantes y lo que más llamó su atención fueron sus ojos, unos ojos verdes intensos y transparentes que a luz policromada de decenas de lámparas exóticas que iluminaban el templo, irradiaban destellos esmeraldinos, como si estuvieran formados por dos piedras preciosas de inmenso valor.

También el túbulo que se levantaba a tres metros de él llamó su atención. Aquel bloque de mármol negro jaspeado con una huella marcada en su centro (la huella que Buda dejó durante su meditación) le fascinaba, pues allí y no en otra parte debía estar el secreto que con tanto afán iban buscando.

Una melodía suave y extraña distrajo su atención. Alguien tañía instrumentos delicados a cuyo ritmo empezaron a elevarse cantos litúrgicos, plegarias exóticas, llamamientos y exaltaciones, que los fieles escuchaban embebidos y postrados de rodillas.

Luego hirió su tímpano otra melodía más agria y penetrante. Era algo inconfundible, pues no se parecía a nada de lo que conocía en música y recordando, terminó por localizar el instrumento. Se trataba de un *Him*, compuesto de piedras talladas en forma de

escuadras, suspendidas por un ángulo en un bastidor de cañas de bambú y que al ser tañido con un mazo de madera o metal, producía aquellos sonidos agrios y penetrantes.

Una doble fila de monjes, unos vestidos de amarillo y otros de rojo, empezaron a surgir misteriosamente a través de unas puertas que se abrieron en dos grandes columnas colocadas a los lados del Buda y según su categoría mostraban los adornos y atributos en sus dalmáticas y ropajes.

Un Gran sacerdote, viejísimo y esquelético, se postró ante la imagen de buda y recitó sus oraciones, que eran repetidas monótonamente por los fieles y cuando acabó la ceremonia, los asistentes al acto se desparramaron por el templo, yendo a depositar ante cada altar la ofrenda que cada uno llevaba destinada.



Un gran sacerdote, viejísimo y esquelético, se postró...

Regis y Karus contemplaban con ansia las largas filas de monjes, tratando de reconocer a su odioso rival, cosa que no les fue posible. Eran muchas docenas de ellos y casi todos ocultaban sus rostros con las puntiagudas capuchas que los velaban.

—¿Dónde diablos estará el Gran Sapo número uno? —rezongó Regis, que se sentía incapaz de estar callado cinco minutos seguidos—. No acierto a descubrirle.

—Ni yo —aseguró el profesor. —Cualquiera sabe dónde se esconde ni qué papel representa aquí. A lo mejor está confundido en el grupo o se esconde en algún lugar desde el que vigila el templo.

—Me parece que hemos adelantado poco —aseguró el criado—. Conocemos el Monasterio, pero esto es una fortaleza que cuando cierren sus puertas, no se podrá entrar en él ni con cañones de artillería.

—Y, sin embargo, tenemos que hacerlo —afirmó el profesor—. De lo contrario podemos regresar a Pekín y darnos por vencidos.

—¡Y un Buda en la otra mano! —exclamó el criado—. Primero lo rocío con petróleo y lo prendo fuego. Entraremos aunque sea volando en un caballo de esos tan idiotas como los que he visto ahí tallados.

La ceremonia tocaba a su fin. Los monjes se iban retirando por la misteriosa puerta de cada columna y Regis los seguía con ávidos ojos. Hubiese; dado media vida por saber lo que ocultaba debajo de aquellas columnas pues el instinto le decía que allí debía radicar el secreto más espectacular de aquellos monjes herméticos y extraños.

Los fieles empezaban a desfilar en silencio, pero Regis, sin darse cuenta, se había quedado con la vista fija en los exóticos ojos del Buda. Parecía como si tuviesen imán y le atrajesen poderosamente.

—Vamos, Regis —murmuró el profesor. —Esto ha terminado.

—¿Se ha fijado usted en los ojos de ese ídolo? —preguntó.

—Sí.

—No sé qué tienen que me atraen. Si logramos entrar, le prometo meterle los dedos dentro a ver si se trata de algo sólido o si es una substancia estática vaciada en las cuencas. No vi nada tan desconcertante.

El profesor, sugestionado por otra idea más práctica, aseguró:

—Más me desconcierta a mí ese pedestal solitario. Esa es la piedra donde Buda meditó.

—¡Caray! ¿Qué ideas filosóficas se le ocurrirían sentado sobre una piedra tan dura? La meditación debió ser larga y pesada, porque hay que ver la huella que dejó al levantarse.

—Lo que menos me preocupa es eso. Lo que importa es que está sobre la clave de nuestro tesoro y que va a poner a prueba nuestro ingenio para descubrirla.

Y seguido de sus amigos abandonó el templo.

Mientras los fueles penetraban en el templo para venerar sus ofrendas de harina, leche y otros artículos, un individuo que figuraba en la caravana se deslizó de ésta furtivamente antes de ascender las gradas que conducían al patio y escurriéndose por una pequeña puerta de uno de los pabellones contiguos al templo, ganó la pina escalera y llegó a un rellano donde un monje rojo, que esgrimía una especie de alabarda muy aguda y amenazadora, le cortó el paso.

—¿Qué buscas por las estancia prohibidas?

—Necesito hablar a Wang-Cheng, nuestro Gran Jefe.

—¿De quién hablas, miserable gusano? ¡No conozco a ningún monje de ese nombre!

El individuo extendió el brazo y mostró en su mano derecha una sortija con el dragón en rojo. El monje, tras examinarla atentamente, preguntó:

—Dime la palabra mágica.

—Padmasamohava, «El que nació del loto».

—Pasa. En la celda roja a espaldas del templo, le tienes.

El chino se deslizó por un pasillo que debía rodear el templo por su lado Oeste y al final, torció a la derecha, hasta detenerse ante una puerta de macizo roble labrada con figuras de la mitología budista.

Llamó de una manera especial y poco después, la puerta giraba en silencio y la figura alta, regia e imponente del terrible Jefe de la secta de «El Dragón Rojo», se aparecía a su vista.

Wang-Cheng vestía un hábito color de fuego con una dalmática dorada de primorosos bordados y una capucha que le colgaba sobre los hombros. Su rostro, más severo, más rígido y repulsivo, parecía burilado en granito amarillo.

Miró torvamente al intruso, que se había arrodillado a sus pies pegando el pelado rostro sobre el mármol del pavimento y preguntó:

—¿Qué sucede, para que oses importunarme en estos momentos tan solemnes?

—Gran Jefe, algo grave me obliga a romper tus meditaciones. Esta mañana se ha desarrollado un sangriento suceso en la ciudad, por culpa de unos misteriosos titiriteros y como puede traer graves consecuencias, he creído un deber advertírtelo.

—¿Qué ha sucedido?

El chino relató a Wang-Cheng todo lo ocurrido en la plaza, desde la prueba de las flechas sobre el pecho de Regis hasta la colisión entre sectarios de «El dragón» y de «El loto azul», así como la intervención de los soldados, que habían hecho fuego sobre los grupos, matando a unos cuantos de ellos.

—¿Quiénes son esos misteriosos juglares? —preguntó intrigado Wang-Cheng.

—Lo ignoramos. Durante la refriega desaparecieron y no hemos sabido más de ellos.

Wang-Cheng, que se había quedado meditando las palabras de su informador, dejó brillar en sus ojos una luz de ira y preguntó de repente:

—¿Cuántos eran?

—Tres.

—¡Describeme los!

—Eran un muchacho, casi un chiquillo, un coloso que manejaba unas pesadas bolas con facilidad y un tipo de edad intermedia, alto y delgado.

—¿Ha regresado el número «diez» de Lancheu, a quien dejasteis vigilando las ruinas del molino?

—No y estamos inquietos por su tardanza, Gran Jefe.

—No le esperéis, que no regresará más. Sois todos una legión de miserables ratas, incapaces de desempeñar una misión acertada. Habéis dejado escapar del fuego a los miserables extranjeros que perseguíais y los habéis tenido ante vuestra propia coleta en la plaza sin reconocerlos. ¡Mandaré que os apliquen cien azotes, por torpes!

—¡Oh, Gran Jefe! —murmuró el chino—. Mi vida te pertenece, pero era imposible reconocerlos. Su disfraz era perfecto y su habilidad como juglares lo suficiente constatada para despistar a cualquiera.

—Bien —bramó el Gran Jefe, fulminándole con la mirada —os necesito antes de que llegue la medianoche. Buscarles por toda la ciudad, por el templo, por las calles y las posadas y si no les encontráis, esta noche que saínan todos nuestros hermanos de secta y que no dejen circular a nadie que no pertenezca a «El dragón de fuego». La defensa que de él ha hecho «El loto azul», me hace sospechar que estén en combinación para robar y repartirse el tesoro. Miembro de «El loto azul» que se aventure esta noche a salir a la calle, debe ser suprimido. Arreglároslas como podáis, pero tenéis que localizarme a esos tres odiosos enemigos y entregármelos atados de pies y manos. Si lo hacéis, tendréis honores y premios, y si no lo conseguís, os haré despedazar por hierros ardiendo.

El chino, realizando genuflexiones extremadas, se retiró de espaldas hasta alcanzar la puerta y cuando se vio en el pasillo, sus ojos despedían reflejos metálicos.

La orden y la amenaza eran tan terminantes que la necesidad de localizar a los osados europeos era vital para la vida de muchos afiliados a la secta y no podía retroceder, no tener miramiento alguno con nadie.

Despacharía emisarios a todos los jefes de grupo, les transmitiría corregidas y aumentadas las amenazas y órdenes del Gran Jefe y les obligaría extremar su celo, recorriendo casa por cada todas las de Lancheu y si no aparecían los fugitivos, montarían una guardia terrible en todas las callejuelas del poblado, para no dejar moverle a un solo enemigo y eliminar como fuera aquella otra fuerza que estaba creciendo y oponiéndose a su libre albedrío.

Aquella noche la sangre correría en Lancheu pródigamente y si más tarde el gobernador intervenía y se armaba una revolución, allá el Gran Jefe con su poder y su influencia para eludir la responsabilidad de los sucesos.

El sectario abandonó la construcción cuando ya los fieles, salían del templo. Después de un momento de duda se unió a los grupos y buscando entre ellos a sus adeptos, les fue transmitiendo órdenes. El

misterioso demandadero de Wang-Cheng no sospechó ni por un momento, que unos metros por delante de él, caminaban aquellos tres osados aventúrelos que eran la pesadilla de toda la secta del «El dragón de fuego».

Capítulo quinto

De cara al peligro

CUANDO de nuevo volvieron a penetrar en el interior de la ciudad, se internaron por diversas calles que les condujeron a un lugar donde varios comerciantes en ropas habían extendido sus puestos bajo los toldos, exhibiendo un verdadero muestrario de casacas, pantalones, camisas y demás artículos de segunda mano, pero algunos en bastante buen uso y no del todo despreciables para usar.

El profesor se detuvo un momento, advirtiéndolo:

—No estaría mal variar un poco el atuendo. Este puede ser reconocido y es demasiado plebeyo para nosotros.

Kao estuvo conforme y para no llamar la atención, el chinito por un lado y el profesor por otro, se encargaron de adquirir las prendas precisas para los tres, calculando su medida a ojo.

Con los paquetes debajo del brazo, estuvieron trazando planes. Debían buscar una nueva posada, pero les convenía presentarse en ella ya transformados.

Kao, al pasar por una especie de portal lóbrego y tortuoso, les hizo señas de que esperasen y se internó por él. Tres minutos más tarde volvía a reaparecer completamente transformado.

—¿Qué has hecho? —preguntó el profesor—. ¿Se trata de algún

lugar deshabitado?

—No, pero a la izquierda hay una leñera oscuro Me he introducido en ella y he cambiado la ropa. Honorables señores deben aprovechar ocasión.

Por turno fueron penetrando y cambiando sus vestidos, sin que nada turbase la operación, y así, un cuarto de hora más tarde se encontraban transformados por completo y en situación de despistar a sus enemigos si estos trataban de identificarlos con los titiriteros de aquella misma mañana.

Las ropas viejas las habían escondido entre la leña y sólo habían conservado, además de las armas y las cotas de malla, el montón de cuerdas que ya jamás abandonaban y que se habían repartido ocultándolas debajo de los vestidos.

Kao encontró una nueva posada, en la que Karus se presentó como un comerciante en paños de pelo de camello, industria abundante en Lancheu. Regis era su auxiliar y Kao el criado.

En la nueva hospedería fueron recibidos con más deferencia. Su atuendo era más lujoso y se prestaba a la nueva personalidad que habían asumido.

Les adjudicaron dos habitaciones modestas, pero algo limpias, con lechos de paja de arroz y les sirvieron una comida bastante sabrosa, aunque Regis no se atrevió a preguntar de qué estaba compuesta, pues adivinaba que los roedores y las alimañas formaban parte del menú y no estaba dispuesto a castigar el estómago por escrúpulos más o menos sinceros.

Después, se retiraron a la estancia del profesor, donde debían estudiar el plan a seguir para penetrar en el Monasterio.

Aunque cada cual aportó las observaciones que había hecho en su fugaz visita de la mañana, ninguno resolvía el más grave y principal obstáculo: el de saltar el muro exterior que poseería una altura de unos tres metros.

Después de mucho estudiar, fué Regis el que, al parecer había encontrado una solución viable.

Pidió a sus compañeros las cuerdas que guardaban como una reliquia y después de tomar medidas y hacer cálculos y separaciones, afirmó:

—Me parece que lo he resuelto, pero me harían falta unos

cuantos trozos de palo resistente.

—¿Para qué? —preguntó el profesor.

—Para fabricar una tosca escala. Mi idea es esta. Puesto que el muro tendrá unos tres metros, con dos pedazos un poco más largos aún, fabricamos una escala colocando atravesados unos trozos de palo que nos sirvan para poner los pies y subir. Yo creo que con una docena habrá bastante. Luego se ata a la punta de la escala una cuerda de medio metro o algo más y a ésta se ata una gruesa piedra dentro de una caperuza que no la permita escapar de ella. Yo lanzo la piedra por lo alto del muro, procurando sujetar la escala para que no salte al otro lado y la escala queda colgada por la piedra que penderá del lado opuesto. Entonces Kao, que pesa poco, sube el primero y hace contrapeso en la piedra para permitirnos a nosotros subir. Creo que esto no será empresa difícil de realizar.

Amplio su idea con algunos detalles «técnicos» y convencidos de su posible eficacia. Kao se brindó a salir en busca de unas cañas de bambú, las más ligaras y resistentes para su idea.

—¿Y después? —preguntó el profesor.

—Pues escondemos la escala para que no la descubran y una vez dentro, no creo que la entrada en el templo sea difícil. He visto muchas ventanas y trepando por los edificios auxiliares, podría penetrarse por una de ellas en el caso de que las puertas estuviesen cerradas.

—También puede ser. Lo que me asusta es que no encontremos la manera de descubrir la clave.

—No nos atormentemos por ello prematuramente, profesor. Sobre el terreno estudiaremos las dificultades.

—Es que debemos resolverlo esta noche. Cada minuto que permanezcamos en esta maldita ciudad es aumentar el peligro y exponernos a ser cazados como a ratas.

—Haremos lo que podamos. Usted posee el ingenio, Kao la astucia y yo la fuerza. Con estos tres elementos debemos llegar muy lejos.

Poco después aparecía el chinito portando unas cuantas cañas de bambú que ocultaba bajo su traje. Febrilmente las cortaron en pedazos iguales y se dedicaron a fabricar la escala, que una hora más tarde estaba en condiciones de prestar servicio.

Luego repasaron sus armas. Con grasa que el chinito se había procurado durante la comida, las engrasaron después de limpiarlas y como ya los cartuchos estaban completamente secos, podían funcionar al primer síntoma de alarma.

Los cuchillos colocados en las amplias mangas de sus túnicas podían salir con facilidad y nada les faltaba para una defensa eficaz y desesperada si era necesario apelar a ella.

Con impaciencia dejaron transcurrir las horas de la tarde. A través de la estrecha ventana de la habitación, Regis echaba vistazos al exterior, y aunque le parecía observar cierta agitación en la calle, no prestó excesiva atención a ello.

Para su excursión, habían elegido la media noche. Era la hora más propicia para intentar el asalto y pasar más desapercibidos a la curiosidad pública.

Ya bien entrada la noche, algo raro empezó a poner nerviosos a los tres aventureros. Por las calles se oían gritos extraños carreras desesperadas, llamadas angustiosas y todo indicaba que algo misterioso estaba sucediendo que escapaba a su comprensión.

Kao quiso salir a averiguar algo, pero el profesor no quiso asumir la responsabilidad de que le sucediese algún trágico accidente.

—No —dijo— lo que sea de unos que sea de los otros.

Ya casi mediada la noche, Regis, que había hecho apagar el farolillo aceitado que alumbraba la estancia, permanecía pegado al estrecho ventanuco abarcando la extensión de la calle. Frente a la posada, algunos bultos huidos cruzaban y se escondían en los recovecos de las casas, corriéndose de un lado a otro como fantasmas.

—¡Hum! —murmuró—. ¡Cualquiera diría que nos vigilan! No faltaría más que eso.

Continuo observando y de pronto presenció de modo simultáneo dos hechos, que además de ponerle en guardia le hicieron adivinar algo de lo que sucedía.

El primero se desarrolló debajo la misma ventana. Un chino que acababa de salir de la posada, fue detenido súbitamente por dos siluetas que surgieron ante él sin sospecharlo. Una de ellas preguntó quedamente y el chino alargó la mano mostrando a las dos figuras

algo que al brillar dió a Regis la sensación de una sortija.



...acometiéndose con furor, entablaron un duelo...

Uno de los guardianes, tras contemplarla, le dejó el paso franco y al marchar, una frase hirió los oídos del criado. Se había aludido al dragón y los vigilantes no se habían opuesto al paso del chino.

Poco más tarde, de la casa fronteriza surgió una figura que

agazapada trataba de pasar pegado a la sombra a la sombra que proyectaba la pared. Regis que poseía una vista excelente vio brillar en su mano un cuchillo e intrigado le siguió con la mirada.

Súbitamente, surgieron ante él los dos guardianes. Hubo un grito de pregunta que sólo fue contestado con un salto felino del que trataba de escapar, pero sus enemigos, más ágiles, hurtaron el cuerpo al cuchillo y en sus manos aparecieron como réplica las armas.

Acometiéndose con brío entablaron un duelo breve pero salvaje. El que huía, en inferioridad de condiciones, trataba de abrirse paso sin conseguirlo, y angustiado lanzó una llamada de socorro.

—¡A mí «El Loto Azul»!

Pero la llamada murió en flor. Sus rivales cayeron sobre él furiosos, y el chino dio con su cuerpo en tierra después de lanzar un alarido de agonía.

Con rapidez pasmosa tomaron el cuerpo y lo introdujeron en un portal fronterizo que se abrió y cerró misteriosamente. La tragedia había sido tan rápida y su solución tan veloz, que todo quedó borrado de la calle en breves minutos.

Regis se retiró del ventanuco pálido y nervioso y el profesor, que había captado el grito de agonía, preguntó:

—¿Qué fue eso, Regis?

—Una flor de loto menos que envenene con su aroma las fauces del dragón. Me parece que adivino lo que está sucediendo.

Rápidamente relató a Karus todo lo que había presenciado y el profesor insistió con sus preguntas:

—¿Qué sospechas?

—Que el Gran Sapo pelado número uno, ha dado orden de cazar a todos los lotos que asomen la nariz esta noche del estanque. Deben de estorbarle mucho para exponerse a una acción tan peligrosa.

—Lo cual quiere decir...

—Que nadie que no pertenezca a «El dragón» puede aventurarse esta noche por estas callejuelas de infierno.

—Entonces, vamos a tener que renunciar a nuestra expedición; al menos por esta noche.

—No, tengo una idea y vamos a explotarla audazmente. Ve a

esto.

Metió la mano en el pecho y sacó de la cota la sortija que Kao encontrara en la mano del chino que dejaron enterrado en el terraplén del molino arrocero.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que se la va usted a poner y a mostrarla al primero que le corte el paso. Esto será un talismán para usted

—Quizá, pero ¿y para vosotros?

—Usted me amparará con esa sortija. Somos sus ayudantes y, vista esta alhaja, no creo que pretendan ver las nuestras.

—Pero si lo intentan...

—Entonces verán los cañones de nuestras pistolas, que les convencerán un poco más. Hay que jugarse el todo por el todo.

—Creo que tienes razón. Ya sabemos que aunque este país es el de la seda, para nosotros resulta el del esparto y no podemos fiar en que todo nos salga suavemente.

—Pues prepárese, que ha llegado la hora de jugarnos el físico en la aventura.

El profesor se colocó la sortija en el dedo y tras asegurarse que el revólver saldría fácilmente del bolsillo, abrió la puerta y salió al pasillo, débilmente alumbrado por un farolillo de aceite color naranja.

Procurando no hacer ruido, descendieron a la planta baja, desierta a aquella hora. En puerta grande y achatada se abría levantando un grosero picaporte y tras descorrerle, se encontraron en la calleja.

Como Regis esperaba, surgidos de un modo fantasmal, dos chinazos feos y de aspecto feroz les corlaron el paso. La pálida luz de una luna en cuarto creciente, quebraba su plata sobre las hojas de los cuchillos que esgrimían arrancándolos reflejos acerados.

«La picadura del dragón es mortal» aseguró uno.

—«De qué está compuesto su veneno?» —preguntó rápidamente el profesor.

—«De fuego» contestó el otro. —¿Tiene algo más que decirme el hermano?

Karus, procurando conservar su sangre fría, alargó la mano mostrando la sortija. Uno de ellos avanzó, examinándola y luego,

haciendo una profunda reverencia, dijo:

—Perdone el número «diez». No hay novedad.

Karus respiró satisfecho y se atrevió a preguntar:

—¿Cómo va todo?

—Bien en lo que respecta a «los lotos». Esta noche van a ver muy mermadas sus filas. En cambio, no se ha podido localizar aun a esos malditos extranjeros.

—¿Tan torpes sois?

—Se han esfumado como tragados por la tierra, pero no podrán escapar de Lancheu. Se logró localizar la posada donde estuvieron escondidos, pero ahí se ha perdido su rastro. Los encontraremos.

Karus iba a continuar su camino, cuando se le ocurrió una pregunta:

—¿Habéis enviado gente a registrar fuera de los muros? Pueden haber quedado escondidos fuera de la ciudad.

Lo ignoro, número «diez». Yo sólo sé de mi misión.

—¿Tenemos soldados en las puertas, adictos a la causa?

—En algunas. En la puerta del cielo y en la de Oriente los hay.

—Bien. Voy a ver si hacemos nosotros una rápida requisa por los alrededores.

Se separaron del grupo, continuando por la calleja. Esperaban ser detenidos de nuevo, pero ahora no les preocupaba esta contingencia.

—¿Dónde están esas malditas puertas? —rezongó Regis—. No podemos preguntar eso a nade.

—Ni es preciso. La puerta de Oriente es la que da frente al Monasterio. Está situada frente a la salida del sol.

Resueltamente se encaminaron a ella. Algunos vigilantes viéndoles avanzar seguros, no se molestaron en preguntarles la contraseña. Suponían fundadamente que cuando andaban tan tranquilos por las calles, era porque habían justificado ser de los suyos, pero dos más suspicaces les detuvieron en el camino.

Karus dió la contraseña y enseñó la sortija y pudo comprobar que ésta resultaba un talismán que eliminaba todos los obstáculos.

El último y más serio se les presentó en la puerta de Oriente. El soldado de guardia, tras recibir la contraseña de la secta y examinar la sortija, puso reparos a franquear la salida.

—Me expongo a un castigo —afirmó. —La salida sólo es posible con una orden del jefe.

—Wang-Cheng te lo ordena. Si sabe que me has desobedecido, tu castigo será más terrible.

El soldado, después de vacilar, se decidió a abrir. Con sumo cuidado levantó la pesada barra de hierro que sujetaba las dos hojas y procurando no hacer ruido para que nadie se diese cuenta de su falta, entreabrió la puerta.

Los tres salieron de las murallas y respiraron como si les hubiese quitado una losa del pecho.

—Bueno —murmuró Regis—, les estamos hacendó cada faena, que es como para arrancarse la coleta y comérsela con salsa de tiburón viudo.

—Luchamos con sus propias armas —aseguró el profesor —Esta sortija vale un Potosí.

El camino hacia el sendero de la montaña aparecía iluminado por una pálida luz de luna, que medio velaba el árido paisaje y los tres, caminando bajo su beso, parecían tres fantasmas surgidos misteriosamente de la tierra.

Durante media hora, ascendieron por la pesada pendiente hasta alcanzar por fin el rellano donde se asentaba el Monasterio.

Este, ciclópeo, pesado, sombrío, con su traza mitad religiosa mitad feudal, imponía respeto y los tres, sin quererlo, se estremecieron al ponderar que iban a introducirse en aquel edificio fantástico, donde no sabían si les estaría acechando la más horrorosa de las muertes.

Regis, venciendo el mudo supersticioso que le embargaba, extrajo la escala de debajo de sus ropas y la extendió en el suelo. Luego buscó una piedra que pesaría siete u ocho kilos y con un trozo de manta la envolvió bien, atando mañosamente en torno a ella varios trozos de cuerda que la aprisionaron en una especie de red de la que no podía escapar.

Ató la piedra al trozo que sobresalía de la escala y entregando los extremos de ésta, de los que pendían dos largos cabos, a Karus y Kao, dijo:

—Tengan bien, que voy a lanzar la piedra sobre el muro. Si se les escapa, todo se habrá perdido.

Con sus hercúleos brazos, levantó la piedra, hizo varias flexiones y la arrojó a lo alto del muro.

El pesado obstáculo rebasó el reborde y cayó al otro lado, arrastrando casi al profesor y al chinito, pero éstos mantuvieron los extremos bien aferrados y la escala quedó pendiente del muro.

Regis colocó a Kao en ella, diciendo premiosamente:

—Sube y cuando estés en lo alto, cuélgate en la piedra.

El chino gateó como un lagarto y llegando arriba, obedeció la orden. Poco después, subía el profesor y más tarde Regis, los cuales cayeron al otro lado empleando la misma maniobra, pero a la inversa.

Ya en el descampado que encerraba el muro, escondieron la escala entre un gran montón de estiércol y se dispusieron a avanzar. Un chirriar monótono turbaba el silencio que reinaba en el monasterio, era el croar de cientos de grillos ocultos no se sabía dónde...



El Dragón de Fuego

El Tibet es una de las regiones más misteriosa e inaccesibles de la tierra. Situado en alturas impresionantes, entre el monte Pamir —llamado el "techo del mundo"— y el Himalaya, cuya cima aún no ha sido conquistada, es feudo de una organización fanática, cuya religión, el "lamismo", absorbe en China un enorme porcentaje de adeptos.

El monasterio de Lhasa, donde reside Dalai-Lama, la más suprema autoridad de la secta, es un recinto misterioso, sima de ciencia, crueldad y tesoros. Recinto amurallado, tallado en granito en la cima de una ingente montaña, su seno está vedado no solamente a los extranjeros, sino a los naturales del país, y el extraño que ose intentar asomar sus ojos a través del celaje misterioso que lo envuelve, tiene pena de muerte cruel y despiadada. Sus fiestas religiosas son salvajes e impresionantes. Se sacrifican seres humanos para ahuyentar el Espíritu del Mal. Actúan con fervor los magos que libran a los endemoniados de los espíritus malignos que les atormentan extrayéndoselos del cuerpo con exorcismos y pantomimas alucinantes; se arrojan a los buitres sagrados los

cuerpos de los Lamas para que con ellos viajen hasta las regiones celestes y se sepultan sus cenizas en los lagos con una extraña ceremonia funeral y los castigos que se aplican a los intrépidos que faltan a sus reglas o tratan de violar sus secretos, son algo tan salvajemente brutal, cruel y refinado, que escapa a la concepción de toda mentalidad europea.

Todo esto lo encontrará el lector auténtica y fielmente recogido en la emocionante novela

"EL DRAGON DE FUEGO"

de la que es autor el popular escritor FIDEL PRADO, cuyas novelas de aventuras tanto éxito obtienen entre nuestro público.

Los personajes de esta apasionante novela, el profesor KARUS, su criado REGIS, el simpático chinito KAO y el terrible Jefe de "El dragón de fuego", Wang-Cheng, son figuras que jamás pueden olvidarse por su personalidad, atracción, osadía, heroísmo o maldad.

"EL DRAGON DE FUEGO"

es la más apasionante novela de actualidad y ningún lector amante de las emociones fuertes debe dejar de adquirirla.

TITULOS PUBLICADOS:

El manuscrito del Lama	La carrera de la muerte	El Gran Sacerdote mogol
La legión amarilla	El desierto dorado	La montaña maldita
El misterio del templo azul	Huida trágica	Los ojos de Buda
En las garras del monstruo	El junco de los apestados	El monasterio tenebroso



Fidel Prado Duque

(1891-1970)

, escritor español, conocido tanto por sus novelas del oeste (algunas de ellas, escritas con el pseudónimo de F. P. Duke), como por sus relatos de acción y aventura —como es el caso de la saga de «El Dragón de Fuego».

Autor de letras de cuplés, una de las cuales alcanzó enorme relevancia: El novio de la muerte, cantada por la célebre Lola Montes, impresionó tanta a los mandos militares que, una vez transformada su música y ritmo fue usada como himno de la legión.

Fue periodista y tenía una columna El Heraldo de Madrid titulada «Calendario de Talia»; biógrafo, guionista de historietas, escritor de novela popular, recaló como novelista a destajo en la «novela de a duro».